

Religiosidad, identidad y violencia

Coordinadora

Lic. Virginia Beretervide

Integrantes

Lic. Elena Ambrogi, Lic. Sofía Bustamante, Prof. Susana Diez

Lic. Mercedes Lage, Lic. Stella Maris Benítez

ABSTRACT

El enfrentamiento del hombre con el ámbito de lo sagrado se ha manifestado siempre en todas las religiones bajo la forma de una dualidad que se expresa en una relación de amor y atracción, o en una relación de temor. La relación de temor se genera en la vivencia del ser sagrado como lo totalmente Otro y ajeno a mi ser, fuente de prohibiciones y normas impuestas desde afuera que apelan a una respuesta de reverencia, respeto y obediencia.

Si esta respuesta de respeto y reverencia no logra ser ubicada dentro del ámbito del amor, lo sagrado será vivenciado por el hombre como una violencia ejercida sobre su ser, como una vinculación pasiva y dependiente frente a un Dios que se le impone desde afuera limitando con sus leyes su ser y su libertad.

El Dios de las religiones tomó forma y nombre de la figura del padre en tanto imagen de la omnipotencia y de la omnisciencia, como el que todo lo sabe y todo lo puede, constituyéndose así en posibilidad de ser tanto objeto de amor como objeto de rechazo.

La vivencia de la religiosidad como violencia, estaría entroncada en esta consideración del Dios que se impone, que prohíbe, que se opone a mis deseos, el Dios que vigila constantemente sobre nuestros actos porque es origen de toda norma y de toda prohibición. En la medida en que el hombre no tome conciencia de que esta limitación a su autonomía y libertad no radica sólo en una ley heterónoma e impuesta desde afuera sino en un trastorno e insuficiencia de su mismo ser, en tanto dualidad latente no resuelta de facticidad y trascendencia, libertad y necesidad, realidad y posibilidad, poder y debilidad, no logrará evadir esa situación de sentirse expuesto a la percepción de lo sagrado como una violencia que se ejerce sobre su ser.

Tres caminos de investigación podrían abrirse a partir de esta temática:

- 1) Cómo incide la percepción que tiene el hombre de sí y de los conflictos que conforman su identidad en la percepción de lo sagrado;
- 2) Cuál sería el camino para lograr restaurar la imagen del padre basada en el amor y en la justicia y no en la imposición violenta de un Dios que castiga, prohíbe y crea culpas.
- 3) Cómo educar en la anti-violencia.

Résumé

RELIGIOSITÉ, IDENTITÉ ET VIOLENCE

L'homme, face au domaine du sacré, s'est toujours manifesté dans toutes les religions sous la forme d'une dualité qui s'exprime au travers d'un rapport d'amour et d'attirance ou au travers d'un rapport de crainte. Le rapport de crainte né dans le sentiment de l'être, source d'interdictions et des lois imposées du dehors qui appellent une réponse de révérence, respect et obéissance.

Si cette réponse de respect et révérence ne réussit pas à être placée dans le domaine de l'amour, ce qui est sacré sera vécu par l'homme comme une violence exercée sur son être comme une vinculation passive et dépendante face à un Dieu qui s'impose du dehors en limitant avec ses lois son être et sa liberté.

Le Dieu des religions a pris forme et nom de la figure lois du père en tant qu'image de l'omnipuissance et de l'omniscience, comme celui qui peut tout et sait tout en se constituant ainsi dans la possibilité d'être tant objet d'amour qu'objet du rejet

Le sentiment de religiosité en tant que violence serait branché dans cette considération du Dieu qui s'impose, qui interdit, qui s'oppose à mes vœux, le Dieu qui surveille constamment nos actes puisqu'il est l'origine de toute normative et de toute interdiction. Dans la mesure où l'homme ne prend pas conscience que cette limitation à son autonomie et liberté ne s'enracine pas seulement sur une loi hétéronome et imposée du dehors sinon dans un bouleversement et insuffisance de son propre être en tant que dualité latente et sans résoudre de facticité et transcendance liberté et besoin, réalité et possibilité, pouvoir et faiblesse, ne réussira pas à évader cette situation de se sentir exposé à la perception du sacré comme une violence qui s'exerce sur lui

Trois chemins de recherche pourraient s'ouvrir à partir de ce sujet :

- 1- Quelle est l'incidence de la perception que l'homme a de soi-même et des conflits qui conforment son identité dans la perception du sacré.
- 2- Quel serait le chemin pour pouvoir restaurer l'image du père, basé sur l'amour et la justice et pas sur l'imposition violente d'un Dieu qui punit, interdit et crée le sens de la culpabilité
- 3- Comment éduquer dans la non-violence.

Riassunto

RELIGIOSITA, IDENTITA`E VIOLENZA

L'incontro dell'uomo con il sacro si è manifestato sempre, in tutte le religioni, sotto forma di un dualismo: un rapporto di amore e attrazione e un rapporto di timore. Il rapporto di timore ha origine nel vissuto relativo all'essere sacro come assolutamente Altro ed estraneo al mio essere, fonte di proibizioni e di norme imposte dall'esterno, che esigono una risposta di riverenza, rispetto ed ubbidienza.

Se questa risposta di rispetto e riverenza non riesce ad articolarsi nell'ambito dell'amore, il sacro sarà vissuto dall'uomo come una violenza esercitata sul proprio essere, come un vincolo passivo e dipendente di fronte a un Dio che glielo impone dall'esterno, limitando con le sue leggi il proprio essere e la propria libertà.

Il Dio delle religioni prese forma e nome dalla figura del padre in quanto figura onnipotente e onnisciente, come quello che tutto sa e tutto può, realizzando così la possibilità di essere oggetto di amore come di rifiuto.

Vivere la religiosità come violenza sarebbe dipeso dal considerare Dio come un'entità che si impone, che proibisce, che si oppone ai miei desideri; il Dio che sempre controlla i nostri atti perchè è all'origine di ogni norma e di ogni divieto. Nella misura in cui l'uomo non prende coscienza che questi limiti alla propria autonomia e libertà non sono basati soltanto su una legge eteronoma e imposta dal di fuori, ma su una inquietudine e una insufficienza del suo stesso essere, in quanto dualità latente, non risolta, tra contingenza e trascendenza, libertà e necessità, realtà e possibilità, potere e debolezza, non riuscirà ad evitare il fatto di percepire il sacro come una violenza che si esercita sul proprio essere.

Da questa tematica, sono tre le vie di ricerca che potrebbero aprirsi:

- 1) come incide la percezione che l'uomo ha di sé e dei conflitti che costituiscono la propria identità, nella percezione del sacro;
- 2) quale sarebbe la via per riuscire a restaurare l'immagine del Padre basata sull'amore e sulla giustizia e non sull'imposizione violenta di un Dio che castiga, proibisce e perciò origina la colpa;
- 3) come educare all'anti-violenza.

Introducción:

El enfrentamiento del hombre con el ámbito de lo sagrado se ha manifestado siempre en todas las religiones bajo la forma de una dualidad que se expresa en una relación de amor y atracción, o en una relación de temor. La relación de temor se genera en la vivencia del ser sagrado como lo totalmente Otro y ajeno a mi ser, fuente de prohibiciones y normas impuestas desde afuera que apelan a una respuesta de reverencia, respeto y obediencia.

Si esta respuesta de respeto y reverencia no logra ser ubicada dentro del ámbito del amor, lo sagrado será vivenciado por el hombre como una violencia ejercida sobre su ser, como una vinculación pasiva y dependiente frente a un Dios que se le impone desde afuera limitando con sus leyes su ser y su libertad.

El Dios de las religiones tomó forma y nombre de la figura del padre en tanto imagen de la omnipotencia y de la omnisciencia, como el que todo lo sabe y todo lo puede, constituyéndose así en posibilidad de ser tanto objeto de amor como objeto de rechazo.

La vivencia de la religiosidad como violencia, estaría entroncada en esta consideración del Dios que se impone, que prohíbe, que se opone a mis deseos, el Dios que vigila constantemente sobre nuestros actos porque es origen de toda norma y de toda prohibición. En la medida en que el hombre no tome conciencia de que esta limitación a su autonomía y libertad no radica sólo en una ley heterónoma e impuesta desde afuera sino en un trastorno e insuficiencia de su mismo ser, en tanto dualidad latente no resuelta de facticidad y trascendencia, libertad y necesidad, realidad y posibilidad, poder y debilidad, no logrará evadir esa situación de sentirse expuesto a la percepción de lo sagrado como una violencia que se ejerce sobre su ser.

Tres caminos de investigación podrían abrirse a partir de esta temática:

- 3) Cómo incide la percepción que tiene el hombre de sí y de los conflictos que conforman su identidad en la percepción de lo sagrado;
- 4) Cuál sería el camino para lograr restaurar la imagen del padre basada en el amor y en la justicia y no en la imposición violenta de un Dios que castiga, prohíbe y crea culpas.
- 3) Cómo educar en la anti-violencia.

INTEGRANTES

- Lic. Virginia Beretervide, Lic en Filosofía.
- Lic. Elena Ambrogi, Lic en Psicología.
- Lic. Sofia Bustamante, Lic. en Psicología.
- Prof. Susana Alicia Diez, Prof en Educ. Especial.
- Lic. Mercedes Lage, Lic. en Filosofía y Ciencias de la Educación.
- Lic. Stella Maris Benítez, Lic en Psicología.

1- Imagen de sí, conflictos psíquicos e identidad

La conformación de la imagen de sí y de la propia identidad, así como la identidad cultural, serán elementos determinantes en la percepción que cada hombre establezca con lo sagrado, ya que la relación con este ámbito no puede mantenerse en abstracto, no puede evadirse de la historia personal propia de cada sujeto que imprimirá un cariz determinado a la modalidad en que cada uno asuma la experiencia religiosa.

Tomando como punto de partida el concepto básico de que todo hecho violento en sí mismo deja marcas y profundo dolor psíquico, provocando la paulatina desobjetivación de la persona, intentaremos considerar algunos de los elementos que puedan incidir en la gestación de lo violento en el hombre, como uno de los orígenes de las posibles actitudes que se puedan adoptar en la relación con lo sagrado.

Los distintos caminos que toma la violencia, ya se la considere como opresión de las estructuras sociales y culturales que influye en la desestructuración del yo y en la denigración de la dignidad de lo humano, ya se la considere como emergiendo de la misma naturaleza humana, desde el conflicto estructural entre instancias psíquicas, serán fuentes de afecciones mentales, de patologías que contribuyen a la disociación y a la desintegración de la unidad psíquica. La vivencia de la relación con lo sagrado de cada hombre en particular y de cada cultura en general, no podrá evadirse, por lo tanto, de la relación que cada uno elabore con la realidad y consigo mismo, ya sea desde un sentimiento de violencia y de agresión, ya sea desde una perspectiva de amor y aceptación. Lo sagrado se me presentará como lo violento y lo opresivo o como la fuente de acogimiento y planificación de mi realidad humana y de mi identidad.

Uno de los posibles caminos, por lo tanto, para considerar las distintas maneras que adopta el hombre de enfrentarse con el ámbito de lo sagrado, será el camino que parta desde el interior de la naturaleza humana y, en lo relativo específicamente a la génesis de la violencia, desde el conflicto estructural entre instancias psíquicas, desde los insondables horizontes en los que se genera el deseo, desde la inevitable reversión narcisista que acompaña a todos los actos humanos.

Comencemos por tratar de hacer una génesis de la violencia en la conducta humana a partir de los elementos interiores que la determinan, deteniéndonos en especial en el deseo que, como expresión de las carencias humanas, subyace en los más amplios y variados campos de la psiquis.

No es fácil indagar en los innumerables laberintos y vericuetos del deseo, dado que éste se mueve entre los polos de la satisfacción y de la carencia, pudiendo ser tanto origen de esperanza como de frustración. La realización de algo como respuesta a una carencia da pie a la felicidad y a la esperanza; la imposibilidad renovada y repetida de satisfacer nuestros deseos es fuente de frustración que puede volverse agresión contra la realidad o contra sí mismo.

El deseo es, por lo tanto, el origen de la conflictividad que anida en el corazón humano, y en tanto que siempre se encuentra con un polo que lo enfrenta y lo limita, el deseo puede ir acompañado de odio, agresividad, y de la consiguiente carga de culpabilidad.

En cuanto tendencia hacia, el deseo tomará dos formas esenciales: tendencia hacia lo otro como objeto, o tendencia hacia sí mismo como expresión de la regresión narcisista o de la autoestima. Si en su relación a lo otro el deseo se pierde en un ansia de acaparamiento o posesión, o en su relación a sí mismo se vuelca en un puro narcisismo, nos encontramos con el deseo extraviado, desequilibrado, y es en este desequilibrio en donde se podría rastrear uno, si no el principal camino que nos conduce a la violencia.

Los condicionamientos psíquicos y culturales de la autoestima y del narcisismo en su relación con la violencia.

Entre las múltiples derivaciones aportadas por la pérdida de las grandes utopías a lo largo de la catástrofe del siglo XX, se destaca el cruel ataque y la pérdida de la categoría del semejante, la cual fue degradada hasta quedar abolida, por la exacerbación cada vez mayor de la individualidad.

La afirmación de los deseos individuales como absolutos no es más que una expresión de la gran precariedad en la estructuración psíquica que marcará el camino hacia la vulnerabilidad a diversos tipos de heridas narcisistas. En el análisis de las distintas formas en las que se expresa el narcisismo pueden rastrearse elementos que confluirán finalmente en diversas actitudes violentas.

Así como una sana autoestima, en la que siempre interviene un cierto grado de narcisismo, puede ser un pilar básico de la confianza, la salud, la fortaleza yoica, lo que incide a su vez en la valoración positiva del otro, un desajuste en el narcisismo, no sólo traba nuestro verdadero self, sino que puede trabar el encuentro con el otro y conducir a un aislamiento peligroso y destructor. La necesidad rigurosa de ser reconocido por el otro debida a la carencia de un sano narcisismo en la infancia, nos puede llevar a trastornos narcisistas de personalidad como la envidia, arrogancia, soberbia, trastornos que si no son debidamente encarados en su momento, arrastran consigo actitudes de desprecio, humillación, agresividad, intolerancia, que son otras tantas variaciones del temple violento.

El papel del otro se yergue como elemento determinante en la estructuración del psiquismo. Si desde la primera infancia este papel se erigió como la figura dominante, que recluyó al sujeto en el afincamiento en sí y en la dependencia más que en el desarrollo, la autoestima se verá progresivamente reducida al mínimo y, concomitantemente, aumentarán el miedo a la soledad, al desprecio y a la marginación.

De esta deficiencia en la verdadera autoestima resurgirá lo que es justamente su opuesto, el individualismo egoísta: la "sed" de sí mismo y la exaltación de la autorrealización se erigirán como sustitutos de una sana individuación basada en la autoestima. De esta manera, en cada sujeto la búsqueda de la propia integración no lograda a través de los cauces normales, se realizará a expensas del otro; el modo propio de percibir la alteridad, quedará marcadamente dislocado bajo una proyección perversa de las propias carencias y limitaciones.

No es difícil detectar, siguiendo el hilo conductor de estas manifestaciones, la posibilidad latente y constante de una manera violenta de instalarse en el mundo, ya sea por los sentimientos de vacío, de fracaso, de soledad e indiferencia, o por las dificultades relacionales o por la exclusión social, o por la exacerbación de las pequeñas diferencias que acentúan la marginación y visualizan al otro como aquel que ocupa el lugar que tendría que ocupar uno.

Esta carencia en el proceso del desarrollo personal conllevará diversas formas de fracaso para realizar un destino propio, desde la pérdida de la autonomía con las consiguientes sensaciones de vacío, irrealidad, despersonalización, hasta la tendencia al suicidio. En el plano de lo social, esto redundará en una falencia grave de convivencia y de respeto hacia el otro, que no se puede tener si antes no se experimentó el respeto hacia sí.

2 - La pérdida de la imagen paterna.

Las expresiones de la violencia pueden afectar de manera especial a las primeras experiencias infantiles ligadas profundamente a las figuras parentales. El seguimiento de sus huellas nos mostrará el influjo de su permanencia a lo largo de la vida así como su determinación en la percepción de lo religioso,

Una relación primigeniamente violenta con la imagen parental o cuidador principal contribuirá a proyectar la imagen del Dios terrible, demandante, aplicador de culpas. De ahí que, tanto en la evolución individual y psicológica de las relaciones del hijo con el padre, como en la evolución de la relación religiosa con Dios, sea necesario el proceso que lleve al traspasamiento, a la superación del temor por el amor, proceso que en el aspecto psíquico implicará un arduo esfuerzo de reencauzamiento de la agresividad originaria.

El ocaso de la auténtica función paterna, basada en el amor y en la justicia, implicará un trastocamiento de esta función en una actitud impositiva y violenta. Este vacío de la función paterna incidirá de manera especial en la pérdida de la identidad afectando en primer lugar y de manera especial a la corporeidad en tanto mi modo de existir en relación al mundo.

La imagen de familia como modo opresivo de relación está enraizada en esta pérdida de la imagen amorosa del padre, cuya figura pasará a ejercer en la familia el principal papel con respecto a la prohibición. De ahí que es desde el núcleo familiar desde donde se fraguarán los mayores desequilibrios afectivos, las más destacadas fuentes de opresión y de conflicto.

La proyección en lo sagrado.

En la medida en que todas estas instancias psíquicas permanezcan de manera negativa en lo inconsciente, la relación del hombre con lo sagrado estará atravesada por esta dimensión negativa. Desde la propia violencia de su ser, proyectará hacia lo sagrado los esquemas de dominio, opresión, imposición, trabándose en el sentimiento de culpa como el eje de toda su vida religiosa.

Las propias violencias interiores pueden engendrar la imagen violenta de lo sagrado como algo que se impone desde afuera, objetivando las obsesiones y las represiones internas en ritos religiosos. Es la ausencia de dominio sobre nuestros deseos y pulsiones, sobre nuestro descontrolado narcisismo, la que genera la necesidad de un Dios que prohíba y que reprima.

El conflicto propio de esta conciencia inmadura le imposibilita para una percepción adecuada tanto de su propia realidad como de la realidad en sí. Y esto abarca no sólo el ámbito de la relación con lo sagrado: toda razón, toda verdad, todo sistema de valores, puede ser experimentado como una opresión, como una fuerza que intenta imponerse sobre el yo y frente a la cual la única reacción que surge es la misma violencia

De ahí que la dificultad con que el hombre se encuentra para asumir su relación con lo sagrado pueda ser una expresión de su dificultad para asumir tanto la relación consigo mismo, como la relación con la realidad y la relación con los otros. Un primer intento sería, entonces, considerar la manera de librarse de las emociones destructivas con respecto a estas tres realidades.

En lo que hace a la relación consigo mismo, el conflicto interior y las escisiones propias de la conciencia conflictiva determinan una marcada relación con la violencia. La relación inmadura frente a la propia realidad puede generar sensación de frustración, de insatisfacción permanente, de impaciencia o de decepción consigo mismo por no haber logrado sus objetivos, de aparente

odio a sí mismo que, en tanto encierra una gran dosis de apego al propio ego, puede revertir en sentimientos de hostilidad hacia el otro. Las violencias, ya sean reales o simbólicas, ejercidas sobre la subjetividad, funcionan como catástrofe y desencadenantes de la desgarradura entre el yo y la realidad, desgarradura que incursiona también en la afectación de la temporalidad produciéndose un corte en la continuidad de la vida hacia el pasado y hacia el futuro: las víctimas de abuso sexual y/o otras situaciones violentas, sienten muchas veces como que no hubiese existido una vida previa a la vez que experimentan un vacío del sentido del futuro.

En lo que hace a la relación con la realidad, las tendencias destructivas y violentas nos impiden ver las cosas tal cual son, oscurecen la naturaleza de la realidad y de la propia mente entorpeciendo la distinción entre la apariencia y la realidad. Todo estado de aflicción mental incide en una distorsión de la realidad así como todo compromiso directo con la verdadera naturaleza de la realidad contribuye a neutralizar las aflicciones mentales. La única manera de desembarazarse de las tendencias destructivas será a través de un largo proceso terapéutico y educativo abarcando también el entorno familiar, para poder transformar estas tendencias en emociones positivas que paulatinamente sean incorporadas en la conducta personal.

En lo que hace a la realidad del otro, la base fundamental que genera la actitud violenta hacia el otro surge de no aceptar su propio ser, su propia realidad, actitud que será la fuente de toda intolerancia y de toda agresividad hacia los demás. Asimismo, la cuestión del otro pone al descubierto de manera decisiva la relación del sujeto consigo mismo, dado que reconocer que hay un otro separado y ligado al sujeto por pulsiones (representaciones y afectos) que lo vuelven deseable, necesario, querible, compromete al sujeto a determinadas renunciaciones y aceptaciones. La aceptación de que el otro semejante es, en su semejanza, profundamente diferente, implica la renuncia a la propia omnipotencia (creencia en el poder de control, de autosatisfacción). En tanto que los afectos amorosos y agresivos se juegan en todo vínculo humano, la destructividad será un modo de desligazón, anulación o desaparición del otro.

3 – La educación en la antiviolenencia

Las problemáticas planteadas en los puntos anteriores, nos muestran claramente la necesidad de plantear un camino que nos abra la posibilidad de una educación contraria a la violencia y que pueda prevenir los distintos caminos en que ésta se está haciendo presente en el mundo. Varios interrogantes nos surgen como problemáticas a plantear en este camino hacia la antiviolenencia:

¿Cuál es el impacto que tienen nuestras propias emociones destructivas, nuestros odios, prejuicios, etc., en nosotros y, por lo tanto, en el conjunto de la sociedad?

¿Cómo incidiría en los grandes problemas y sufrimientos que aquejan a la humanidad la transformación de nuestras tendencias destructivas?

¿De qué modo podemos servirnos de la educación para lograr la transformación de nuestras emociones negativas y desarrollar las positivas?

En el análisis y respuesta a estos como a otros tantos interrogantes, uno de los hilos conductores que se podría tomar como clave para una educación en la antiviolenencia, es la palabra, en tanto expresión propia de lo humano, como

posibilitadora del diálogo y como medio de comunicación de las afecciones y emociones humanas.

No en vano dice Aristóteles (*Política*, Libro I, cap. 2) que el hombre es el único animal que tiene “palabra” (logos), los demás animales solo tienen “voz” (phoné), que sólo puede ser signo de dolor y de placer. Pero dolor y placer son siempre afecciones privadas e individuales: no pueden comunicarse.

La palabra, por el contrario, no es sólo individual en tanto que nos permite “decir”, hacer alusión a las cosas, decir algo de ellas. De ahí su relación con la verdad y la naturaleza de las cosas: la palabra, el logos, enuncia y dice lo que las cosas son, pone patente y al descubierto su verdad (alétheia). Por esto, mediante ella los hombres pueden manifestar la verdad, que no es privativa de cada uno porque es “de las cosas” y así pueden ponerse de acuerdo sobre ellas; este acuerdo o concordia (homónoia) se manifiesta en la homología o acuerdo verbal que a la vez es su causa. Por esto las cosas, más allá del mero parecer o sentir de cada hombre pueden ser “comunes” y comunicadas: la verdad y el decir hacen posible la comunicación.

Esto mismo, que nos abre a la importancia de la educación en el diálogo, fue expresado, en boca de Sócrates, por Platón, en su diálogo “Critón”. Sócrates, en sus discursos, destaca la importancia de la relación a través del diálogo y cómo la conducta debería regirse por lo que se nos revela dialógicamente en tanto lo que es, como la verdad en torno a lo justo y lo injusto por la verdad misma y no por la opinión de la gente. La relación con las leyes, a la que hace alusión en este diálogo, no es de dependencia y subordinación sino de un acuerdo (homología) como ser libre. En tanto el diálogo no se alimenta de axiomas externos sino de un principio interior de razón natural de los interlocutores, el auténtico obedecer no estará fundado en un acto de violencia, sino en un carácter dialógico, propio del obedecer del hombre libre, no del esclavo. De esta manera la culpabilidad no derivará de la transgresión de una u otra ley, sino de la posibilidad de renunciar a la propia condición, posibilidad constitutiva de la misma condición humana.

Desde esta perspectiva el diálogo sólo se cumple en la verdad sin dependencia de su concordancia o desacuerdo con la opinión, de ahí que el fin de la polis griega coincida con el fin del diálogo ateniense.

El mundo actual ha extraviado el diálogo. La palabra, luz de la identidad humana, enmudeció, y con ella se perdió la identidad en tanto aquello que nos permite participar y compartir la equidad de la vida, lo que acordamos compartir entre todos.

Se ha perdido la palabra como revelación de la verdad de las cosas, como apertura al orden natural. La palabra hecha violencia es agravio a la naturaleza humana, y es ruptura entre sujeto y sociedad, entre sujeto y naturaleza. La palabra que se nombra ahora es guerra, violación, ultraje, tortura, amenaza, armamentismo, fraude, dictadura, negociado.

Esta realidad nos convoca a encontrar un camino para recuperar la palabra, palabra que emane sentido de participación, solidaridad, celebración, convivencia, simpatía, milagro, palabras todas que son metáforas de la vida y por las cuales entramos en relación con el otro como yo, pero en su valor diferente.

En esta relación vincular yo-tú, la palabra no es sólo palabra hablada, sino también escucha solidaria que acoge los sentimientos y los silencios, pausa que espera y disponibilidad que confía.

Dar la palabra es dar lugar a la participación, no sólo para oír nuestra propia voz en la expresión de nuestros afectos sino también para salir al encuentro de la escucha compartida, del silencio que habla.

Educación desde este sentido es aprender a convivir, aprender a dejar vivir y crecer, aprender a disfrutar de los encuentros, aprender a despojar la vida de mezquindades para compartirla.

Educación desde este sentido es aprender a recuperar las palabras que digan nuestra identidad, es acoger, cuidar, anidar, acompañar, alimentar, dialogar, es construir una comunidad basada en el cuidado afectuoso y el respeto familiar por todo lo existente, es, en fin, abrir nuestra sensibilidad para aceptar las múltiples formas de la vida y ampliar nuestra percepción para ir descubriendo poco a poco su misterio.

Conclusión:

Del trastocamiento de la violencia en amor al trastocamiento de la relación con lo sagrado.

Desde este intento educativo podría a empezar a encontrarse la clave o el comienzo de un camino de transformación de la violencia, cuyo ejemplo más perfecto lo hallamos en la persona de Cristo, que logró transformar el terrible acto de violencia exterior surgida del odio, en violencia interior basada en el amor. En el sacrificio de la cruz encontramos la primera transformación fundamental de violencia en vida, transformación que continúa en nosotros y que trastoca totalmente nuestra relación con lo sagrado: de lo sagrado como lo totalmente Otro, hemos pasado a lo sagrado como asumido e internalizado en nosotros.

El acto de adoración y de reverencia a lo sagrado ya no sólo asumirá el sentido de la noción griega de "proskinesis" en tanto gesto de sumisión, inclinación y orientación hacia lo verdadero y bueno como medida, sino que entrará en la dimensión latina de ad-oratio, en las acepciones etimológicas que nos sugiere como boca, contacto, palabra, aproximación, traspasando así el umbral de la sumisión para transformarla en amor.

Sólo desde este sentido podrá visualizarse la relación con lo sagrado no en términos de sumisión, o de represión, o de orden heterónomo que, en su relación con la noción griega de "kratos", como dominio, poderío, reprime desde afuera las pasiones, deseos y violencias interiores pero dejándolas en estado de desorden, sino como continuación en el sentido de nuestro ser, como ordenación interior que, en el más puro sentido de la virtud o "areté" griega, no coincide nunca con la violencia sino con el más alto movimiento perfectivo y autorrealizante del espíritu.

BIBLIOGRAFIA

BORVLBY J, *Una base segura*, Editorial Paidós, Argentina 1989

Hecho y por hacer. Pensar la imaginación, Editorial Eudeba, Argentina 1989

BLOS Peter, *El proceso adolescente*, Editorial Amarrortu, Argentina 1979

FREUD Sigmund, *Obras Completas, Esquema del psicoanálisis*, Editorial Amarrortu, Argentina 1979

Análisis terminable e interminable, Editorial Amarrortu, Argentina 1979

- Una teoría sexual III, Metamorfosis de la pubertad*, Editorial Amarrortu, Argentina 1979
- LERNER Hugo, *Afectos, afecciones, afectaciones*, *Psicoanálisis*, Editorial Apodeba. Vol XX , N° 3, 1998
- LIBERMAN, David, *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*, ediciones Kargieman, Argentina, 1983
- WINNICOTT, David, *Desarrollo emocional primitivo en escritos de pediatría y psicoanálisis*, Editorial Laica, Barcelona 1979
- GREEN, André, *Narcisismo de vida y narcisismo de muerte*, Editorial Amarrortu, Argentina, 1986
- BARYLKO, J, *En busca de uno mismo*, 1° Edición, Argentina 2005, Cap. V
- ROJO, E, *Compartir la palabra y recuperar el pan*, 1° Edición, Narrativa Argentina, 2004, Título CDD A 863
- RODRIGUEZ AMENABAR, *Psicoanálisis, cristianismo y religiosidad*, 1° Edición , Editorial Paulinas, Argentina , 1995
- VIGOTSKI, L.S, *Psicología pedagógica*, Editorial Aique, Argentina, 2001
- GIRARD, R, *La violencia y lo sagrado*, Editorial Anagrama, Barcelona 1982
- FREUD, Sigmund, *Obras Completas, El malestar en la cultura*, Tomo VIII, Editorial Amarrortu, Argentina 1979
- FREUD, Sigmund, *Obras Completas , El porvenir de una ilusión*, Tomo VIII, Editorial Amarrortu. Argentina 1979,
- LOLAS. F (comp), *Agresividad y violencia*, Losada, Buenos Aires, 1991
- BENZO , Miguel, *Hombre sagrado-Hombre profano. Tratado de Antropología Teológica*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1968.
- DOMINGUEZ MORANO, C , *Los registros del deseo. Del afecto, el amor y otras pasiones*, Desclée De Brouwer, Bilbao, 2001.
Crear después de Freud, Ed. Paulinas, Madrid, 1992.
El psicoanálisis freudiano de la religión, Ed. Paulinas, Madrid, 1990.
- KOMAR, Emilio, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Ed.Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2000.
- ARISTOTELES, *Obras completas*, Ed. Aguilar, Madrid, 1964
- PLATON, *Critón*, Losada, Buenos Aires, 2002.
- MENDIZABAL, RUFO.S.J: *Diccionario Griego-Español*, Ed. Razón y Fe, Madrid, 1983